



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 19 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

18 Mayo 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Revista de Modas, por Joaquina Palmaseda.—Traje para salón.—Traje para casa.—Vestido para niño.—Traje con mantilla para señora.—Vestido para jovencita.—Vestido con paletot.—Vestido princesa para niña.—Vestido con túnica adornada de encajes y fleco.—Vestido con cuerpo de aldetas.—Traje para luto.—Vestido con abrigo.—Traje para campo.—Vestido para jovencita.—Abrigos para campo y viaje.—Cubre-pollo con esclavina.—Cubre-pollo con manga-dolman.—Sombrero de fieltro.—Som-

brero de paja.—Mito de encaje irlandés.—Sombrilla Duquesa.—Sombrilla Marquesa.—Sombrilla china.—En-tous-cas.—Saco de viaje.—LITERATURA: La ré, por Aurora María Pérez Abela.—A la memoria del poeta José Puente y Branas, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—Nubes de verano, poesía, por Fernando Arango.—A..., poesía, por M. L.—Apuntes Biográficos, por Manuel López Calvo.—El bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—Los pólipos.—Charadas.—Correspondencia.—Explicación del figurín 1.313.

#### REVISTA DE MODAS.

La feria, trasladada en nuestra capital del Otoño al presente mes de las flores, es un pretexto más para que la moda exhiba sus galas en armonía con las fiestas y con la buena estación que atravesamos. El foulard, tejido que no desapaece nunca por completo de la escena, y que por su poca consistencia no figura en primer término entre los tejidos de seda, recobra siempre su importancia en la primavera, y este año entra en algunas combinaciones con el cachemir de la India ó la cachemirina de verano, siempre armonizando ambas telas en color, porque dos colores muy contrarios para un traje no son admisibles más que para boda, comida de ceremonia, baile, etc. De París me hablan de uno de cachemir gris ceniza, con plastron, centro de la espalda y echarpes de la falda en foulard gris, con flores granate y hojas rosa pálido, empleando como adorno plisés de los tres colores, que ha llamado la atención en un círculo elegante de París. También me hablan de oro en el mismo género malva, con el foulard blanco, sembrado de flores violeta que me dicen era un modelo de distinción, figurando muchos en la apertura de la Exposición, de faya adornados con raso, tela que parece que este año no se rechaza en cuanto florecen las primeras lilas. Nada hay más lamentable que la rutina, y esta proscripción del raso en la primavera y el verano, tenía mucho de ruinaria. Ahora, por el contrario, parece que el raso se llevará hasta en el verano, empleado en combinación ó en adornos.

Las hechuras de estos trajes correspondían a la forma princesa, que es la que se sostiene para vestir, pero la forma de cuerpo-blusa y túnica lavandera, para trajes primaverales de telas ligeras, es hechura de que se apoderarán en breve todas las jóvenes y las mujeres de talle esbelto, pues luce extraordinariamente con la chaqueta larga y plegada bajo un cinturón con hebilla; la falda redonda y con un volante ó pliegues ó tablas, se completa con la sobre-falda ó túnica lavandera, así llamada porque va levantada de adelante y sujeta de los lados, sin más adornos que un biés ó jareton de la misma tela. En algunos trajes se imita esta sobrefalda por un echarpe que figura el recogido ó doblez por delante, que se sujeta bajo los paños de atrás, pero el vestido característico es como queda explicado.

El reino del echarpe está decidido, redondo ó liso como un chal, con doble fleco, prenda que se hace igual al vestido ó negra, en cachemir, en seda rizada, encaje ó



1 Y 2. TRAJES DE SALÓN Y CASA.

1. Traje para salón.

2. Traje para casa. (Véase el núm. 1.)

3. Vestido para niño.

crespon, según se destine á trajes de calle ó de más ceremonia. El echarpe y la manteleta-visita son las necesidades del momento, la manteleta-visita sobre todo; cierto es que este abrigo que marca el talle con sus tres costuras de la espalda, baja recto por delante con sus dos puntas enadradas, y se ciñe con sus pequeñas mangas, es de una distinción sin igual.

En género de adornos hay mucho y nuevo que decir:

no hablaré del azabache, que ha llegado á ser la verdadera pasión del momento, invadiendo la pasamanería, los flecos, los galones y el cristal iris ó tornasolado que produce encantadores reflejos, pero os hablaré de la cinta de dos caras colocada en lazadas, no solo en los vestidos, sino en las confecciones. La negra con revés de raso azul ó rosa pálido es del mejor efecto en lazadas para un vestido negro, que debería llevar el plastron ó chaleco y demas accesorios como el revés de la cinta, produciendo una combinación deliciosa y llena de coquetería. El encaje ruso, esto es, el encaje de hilo grueso mezclado con azul, rosa ó grana, ya indicado el año anterior, será el adorno favorito este año para los trajes de campo, jardín ó mañana, y los bordados mosquetero, es decir, al pasado, blanco ó de color, á veces de dos tonos, son muy estimados para las telas lisas. Los botones no son ya solamente un objeto de utilidad, sino de adorno, de lujo, y tantas sus variedades, quedarían trabajo á un coleccionista. Hay el botón de dos tonos, el botón de pasta, de cuerno, bombado, de bola, el de nácar, el de azabache, cristal iris y acero de mil facetas, imitación Luis XVI, el cerámico y el dorado ó plateado en forma de bola lisa ó cinc ladada. En fin, los botones son hoy la preocupación de las modistas que andan á caza de novedades para cada nueva confección.

Empiezan á preocuparse las señoras de los sombreros de paja, que este año serán blancos, tejidos de dos colores de palma, bronceados ó de colores oscuros, á elegir. Los de vestir llevarán invariablemente bridas, y su formateo recordará los del invierno, es decir, con poca elevación, adorno de bandó ó ruche debajo del ala. Las flores y las facetas adornarán estos sombreros de verano, el follaje quemado y el de amaranto, con ese color rojizo oscuro que le hace característico, pero todas estas frivolidades exigen que el sombrero y todos sus accesorios sean de la mayor distinción. Las flores de un sombrero cuando son ordinarias, y el exceso de relumbrón ahora que algo de él está permitido, bastan á excluir á una señora de toda sociedad elegante. Los sombreros de campo y viaje parece que seguirán siendo sin bridas y algo más recargada su copa de flores ó de plumas que los otros, cosa contraria á lo natural, porque precisamente para campo y viaje parece ser propia la sencillez, y sé de una recién casada del mundo elegante cuyo sombrero de viaje era de castor gris con ancho borde ondado y levantado del lado izquierdo, con lazo de terciopelo marrón sujeto por



flecha de nácar y sobre la copa una sola pluma color marrón.

Terminaré esta reseña con alguna noticia sobre peinadores de novedad: la salida de cama en paletot ó peinador-bata se adorna cada vez más con encaje ruso, bordados y cintas. Uno he podido admirar en un elegante equipo de novia, de forma princesa, hecho en cachemir color de azufre, con tres pliegues en cada delantero que se prolongaban en todo su largo, y siete en la espalda, sujetos hasta mitad de falda, donde quedaban sueltos para formar la cola: lazos de cinta azul pálido iban colocados en los huecos de los pliegues, y cerraban en cascada todo el peinador por delante entre encaje de hilos: las mangas repetían adorno igual. Otro modelo semejante era de percal, con entredoses bordados en lugar de los pliegues colocados sobre una cinta del color de los lazos. Los *matinés* de falda y paletot eran de pekin blanco con guarniciones á la inglesa, ó de franela fina rosa y azul pálido con encaje ruso, que tiene perfiles del color de la franela. La forma de estos paletots es siempre holgada, con grandes bolsillos, muy útiles para las señoras que se ocupan algo del arreglo de su casa.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

### 1 Á 3. TRAJES DE SALON Y CASA.

1. *Traje para salon*.— Los paños de adelante y de los lados son lisos y se adornan con cuatro galones bordados en gasa crema que suben por las costuras, y un rizado muy doble de tul oculta la pegadura del volante, de raso blanco, como el vestido, y rizado á pliegues sujetos en conchas: un echarpe de tul de seda envuelve la falda y se fija con flores sobre la cola del vestido. El cuerpo cierra por delante con botones, y las piezas de la espalda terminan enlazadas, adornando la berta flores sueltas sacadas del entredós bordado.

2. (Véase el núm. 9.)

3. *Vestido para niño*.—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIX, figs. 80 á 84 y 14 á 37). Compónese este vestido de calzon, camiseta y chaqueta suelta y redondeada de adelante, adornados la chaqueta y calzon de galones y botones negro; sobre el paño marrón. La camiseta es de muselina blanca, con entredoses y guarniciones bordadas, que forman cuello alto ó pequeña gola asomando la guarnicion por el puño: botas con vuelta y medias de color.

### 4 Á 15. TRAJES DE CALLE Y PASEO.

4 y 10. *Vestido con cuerpo de aldeta*.—(Patron de la falda: en el pliego por el revés, núm. XX, fig. 89.) Este traje en tela nevada marrón y blanco, adornado de faya marrón, le presentan por delante y por detrás los números 4 y 10. El vestido con falda plegada de la primera figura se completa con una manteleta-visita de que ya tienea recibido modelo nuestras lectoras, y el patron indicado ofrece las medidas exactas de los paños separados de la falda (a forma la base del paño de adelante, compuesto de tres al hilo, el del centro de lana, los otros de seda, y todos plegados á grandes pliegues, que por arriba montan unos sobre otros para reducir el ancho de la falda). La parte de detrás son tres paños de seda lisos, fruncidos del talle y ceñidos 46 cents. más abajo, por una jareta vuelta bajo el echarpe que baja desde la cintura, anudándose á mitad de falda, y hechos en tela nevada forrada de seda: este echarpe tiene 16 centímetros de ancho en cada punta y 136 de largo, terminándole un fleco: el cuerpo, de aldeta, forma platon nevado por delante y por detrás, terminándole vivo de seda.

5. *Vestido para jovencita*.—La falda redonda y cuerpo de aldeta son de cachemir de la India adornados de faya de su color. El plegado de la falda tiene 12 centímetros de ancho, y desde este plegado un biés forrado de linon sube oblicuo por delante, de 60 cents. de ancho por abajo y 12 por arriba, drapeando el paño de adelante. El cuerpo se adorna en chal con tres bieses hasta el cinturon, cerrando el cuerpo dos carreras de botones dorados. Sombrero birrete de paja negra con terciopelo y pluma.

6 y 13. *Vestido con paletot*.—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 4 á 9.) El traje es todo igual, pudiendo hacer el paletot sin mangas para utilizar las del vestido, presentándole nuestros grabados por delante y por detrás, y cerrando el paletot á la izquierda con doble fila de botones. Todos los adornos son de faya del mismo color. Sombrero de castor gris con pluma igual y cinta de faya.

7. *Vestido princesa para niña*.—(Patron: en el pliego

por el derecho, núm. VIII, figs. 32 á 35.) Es de lana adamascada, cerrado por delante con botones, y el triple cuello, vueltas de manga y cabeza del volante, llevan un vivo de color que corte: botones de metal y lazos del color de los vivos. Todo el traje va ferrado de percalina, y el volante que completa el largo por detrás de linon: cada cuello se corta y adorna por separado.

8. *Cubre-polvo*.—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. V, figs. 19 á 21.) El patron de este cubre-polvo, de cachemir marrón, es el mismo que el del núm. 6, indicando con puntitos el largo y reduciéndole 5 cents. de vuelo, porque cruza ménos que el anterior. El patron ofrece la esclavina y cuello, consistiendo el adorno en vivos y flecos de lana.

9 y 2. *Vestido con túnica*.—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figs. 44 á 46.) El núm. 2 presenta este traje por delante, hecho en moaré color de oliva, y el 9 la espalda con adorno diferente: el patron termina con flechas para continuar el largo, y el croquis ofrece las medidas exactas. Por delante los pliegues oblicuos de 8 cents. de profundidad, van separados 16 cents. cogidos en línea recta, y las dos partes de la espalda se cortan con la draperia y se completan con un paño cosido debajo que muestra la fig. 43 del patron: despues de hecha la costura de la espalda y el doble pliegue que reduce el vuelo, se añade el delantero plegado desde la C de 53 cents., formando la draperia con un pliegue de 8 centímetros y el exceso de la costura de la espalda. La tela que excede de la otra costura, como indica la línea de puntitos, se redondea para que el borde de abajo se recoja figurando un nulo: el paño de atrás que completa la túnica se pliega en 40 cents. de ancho por 8 de alto, uniéndole por los lados á los delanteros. El adorno se compone de flecos y cenefas bordadas con seda de otro tono: el adorno del núm. 2 son galones rizados figurando pluma. Un volante plegado de 12 cents. y un plisé de 8 rodean la falda.

11. *Vestido para luto*.—Vestido y paletot de cachemir con plegados y bieses de granadina. Sombrero con velo cuadrado de crespon.

12. *Vestido con abrigo*.—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XII, figs. 47 á 49.) La falda y cuerpo, de aldeta, son de faya con adornos de raso, y el ancho de los bieses de esta última tela, que adornan la falda, tienen 14 cents. de ancho: el paño de adelante va bullonado entre los bieses, y un plegado estrecho termina la falda. La manteleta-dolman, de cachemir de la India, forrada de seda, se adorna con fleco de soutache fino y felpilla, alternados con hilos de cuentas. La forma del abrigo la indican los croquis 47 á 49 uniendo las distintas piezas por las letras.

14. *Vestido para jovencita*.—Vestido princesa de lana belga con botones y ojaes figurados desde los plegados hasta el fin de la faya y verdaderos los superiores: plegados de seda adornan el vestido y lazos iguales. Fichú de punto de lana azul con cenefa, pluma tambien de punto y sombrero de paja de anchas alas.

15. *Vestido con paletot*.—(Véase el núm. 6.) La falda y túnica son de lana diagonal, la primera con volante plegado y la segunda con galones de lana. Paletot de faya negra adornado de pasamanería, encaje plegado y flecos de seda. Sombrero de castor negro con cinta y pluma.

### 16 y 17. SOMBREROS.

El primero, de fieltro gris, de copa elevada y ancha ala, es cómodo para viaje y campo, y su adorno consiste en cinta de faya negra de 3 cents. rodeando la copa, y pluma negra ó sprit. Para viaje se añade velo de gasa de color.

El segundo es de paja blanca con ala levantada de un lado, forrada de seda plegada pajiza: un biés igual rodea la copa y sujeta dos plumas pajizas, y una rosa amarilla con follaje descendiende por el lado opuesto.

### 18. MITON LARGO DE ENCAJE IRLANDÉS.

(Dibujo: en el pliego de patrones, por el derecho, número 42.) En el mes de Enero ofrecimos ya un guante con encaje igual al del traje, y hoy ofrecemos un miton todo de encaje irlandés, cuyo dibujo ofrece el pliego de bordados. Los materiales pueden ser blancos, negros ó crema, y despues de calado, se cierra por el pulgar á punto por encima y por la otra parte exterior con otra costura igual.

### 19 Á 22. SOMBRILLAS.

Las de este año no ofrecen cambio sensible, y la forma china ó el *en tous-cas* son las adoptadas.

19. *Sombrilla china*.—Es de faya negra bordada de

azabache, con volante y fleco anudado; mango de ébano esculpido.

20. *En-tous-cas*.—Es de seda azul oscuro, forrada de azul claro, con lazos de cinta de dos caras en los mismos colores, unida al mango de madera natural.

21. *Sombrilla marquesa*.—Es de faya negra con fleco de felpilla y lazo de cinta moiré. Mango cincelado.

22. *Sombrilla duquesa*.—Es de seda negra lisa, con vivo de color fuerte y encaje negro. Mango con bola de metal y contera lo mismo.

### 23 Á 26. ABRIGOS CUBRE-POLVO.

Los patrones y explicacion de estos abrigos, muy útiles en la estacion que se aproxima, los ofrece el pliego de patrones por el derecho, en sus números III y IV figs. 10 á 18. El uno, que muestran nuestros grabados por delante y por detrás en sus números 23 y 24, lleva esclavina redonda, y el otro manga de dolman que presentan tambien los núms. 25 y 26.

### 27. SACO DE VIAJE.

Esta utilísima labor puede hacerse del tamaño que quiera; nuestro modelo es de tela llamada lona, y tiene 110 cents. de largo por 61 de ancho, adornándole cenefas bordadas á lomillo con lana roja y ribetes de encaje rojo. Por dentro lleva diferentes bolsas y estuches para los paraguas, con goma á los extremos para que puedan correrse: las vueltas que van hácia dentro del saco tienen 30 cents. de ancho por 63 de largo, y sus cintas de atar y el gran bolsillo que va por fuera tienen 38 cents. de alto por 43 de ancho, con dos bolsillos encima de 18 y 12 cents. respectivamente por largo y ancho: en la vuelta ó caída del bolsillo grande, puede llevar las iniciales de la persona, y cada bolsillo cierra con su orejuela y boton de metal, envolviéndole todo el saco dos fuertes correas con sus hebillas, que así como las asas, son obra del guarnicionero. El número inmediato ofrecerá modelo del interior del saco y dibujos para bordarle.

JOAQUINA BALMASEDA.



## LITERATURA

## LA FÉ.

### A LA SEÑORA DOÑA ANA MARIA ABELA DE PEREZ.

Inspirada en tus santas creencias, madre mia, he retratado la sencillez y pureza de esta joven madre; por eso coronó con tu nombre merecerlo, esta....

### NARRACION.

(Tu fé te ha curado: vete en paz.)  
(Jesucristo á la Hemorroyista.)  
SAN MATEO, cap. IX.

Entre los puertos de nuestra encantadora Andalucía hay uno pequeño, pero alegre y risueño, llamado Puerto Real.

Habitaba en él años pasados un matrimonio joven, alegre, y feliz en apariencia, porque entre los dos no hacían cincuenta años, y tenían unos hijos saludables y hermosos; segun la opinion de todos sus convecinos, Pedro y Clementina (que estos eran sus nombres) no habian visto jamás la cara á la desgracia.

Pero á pesar de todo esto, una nube de tristeza se asentaba de ordinario sobre el angelical semblante de Clementina. Nadie podia saber el motivo de su melancolia que se mostraba solamente cuando no estaba delante de su esposo, porque junto á él siempre una dulce sonrisa dibujaba en sus labios, y sólo pronunciaba palabras de sueños.

Clementina se levantaba con el dia; dirigia el arreglo de su casita; luego vestia á los niños y rezaba con ellos. Ella cosia la ropa de su familia; preparaba la comida. Cuando llegaba la tarde y las campanas de la iglesia mayor tocaban á la oracion, Clementina se arrodillaba elevaba á la Reina de los Angeles una ferviente plegaria acompañada de su hija, mientras su hermoso niño dormia el sueño tranquilo de la inocencia.

Pedro no la acompañaba en sus oraciones, ni los domingos iba á la iglesia, y la pobre joven caminaba con cabeza baja, triste y abatida.....

.....Era una noche nebulosa y triste





Pl. 356.

4313

EL CORREO DE LA MODA.  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel II<sup>a</sup> 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



del mes  
na, la p  
risueña  
Repo  
y de su  
su mad  
suplica  
le conce  
Pedro  
con la  
se volvi  
murmur  
De re  
la cuna  
grito d  
Pedro  
en su es  
posa y  
cados p  
—¡D  
sacudie  
reza!—  
te de s  
ángel d  
hija, y  
El no  
cabello  
manos  
angust  
—¡H  
Y des  
su herr  
—¡L  
Y lue  
sus labi  
Clem  
cuna y  
—¡Es  
posa co  
tus ora  
Clem  
pequeñ  
—Re  
pera tu  
Pedro  
la santa  
renació  
en sus c  
clamó c  
—¡M  
amo; re  
Pasal  
tina rez  
Pedro  
pero la  
muerte  
Hay  
amarga  
—¡M  
luego se  
—¡Di  
gado; y  
llevado  
prorum  
Un m  
gritand  
—No,  
nos la c  
Y le c  
lábios e  
La ni  
carse su  
dulce vo  
—Pa  
—¡Hi  
alegría,  
clamand  
—La  
En es  
y tocand  
—¡Est  
se muere  
sus lábi  
—¡Di  
muy cul  
rigiend  
mientra  
hija con  
Quinc  
tensia d  
durante  
Desde



del mes de Diciembre, triste como lo estaba Clementina, la piadosa y bella esposa de Pedro, porque su hija, la risueña Hortensia, se moría, se moría sin remedio.

Reposaba la niña su dolorida cabecita en la almohada, y de su oprimido pecho salían débiles sollozos, mientras su madre, anegada en llanto, de rodillas junto á la cuna, suplicaba á la Santísima Virgen de la dulce Esperanza, le concediera la salud de su hija.

Pedro, recostado en el sofá, derramaba amargo llanto, con la cara oculta entre las manos; pero jamás sus ojos se volvían al cuadro de la pura Concepción, ni sus labios murmuraban una plegaria.

De repente, Clementina se levantó arrojándose sobre la cuna de Hortensia, la observó un momento y lanzó un grito desgarrador.

Pedro se incorporó lívido y con el espanto retratado en su expresiva fisonomía; quiso correr al lado de su esposa y sintió que sus pies se clavaban en el suelo, petrificados por el terror que le dominaba.

—¡Dios mío!—exclamó Clementina corriendo hacia él y sacudiendo su brazo.—¡Hortensia se muere; reza, Pedro, reza!—y su mirada se fijaba con angustia en el semblante de su esposo.—¡Reza!—añadió con exaltación.—El ángel de la muerte se cierne sobre la cabeza de nuestra hija, y necesita las oraciones de su padre para vivir.

Él no contestó; movió la cabeza con desesperación; sus cabellos se erizaron, y corriendo á la cuna, tomó las manos de la niña, le tocó después el corazón, y gritó con angustia:

—¡Hija mía! ¡hija mía! ¡Hortensia! ¡Hortensia!

Y desesperado, loco, se acercó á la puerta, gritando á su hermano:

—¡Luis! ¡Luis! pronto, trae al médico.

Y luego volvió al lado de su hija, besando con amor sus labios helados.

Clementina había vuelto á arrodillarse á los pies de la cuna y oraba con fervor.

—¡Está muerta!—exclamó Pedro dirigiéndose á su esposa con amarga ironía.—¡Está muerta! ¿De qué le sirven tus oraciones?

Clementina tomó entre las suyas las manecitas de la pequeña enferma, y dijo con acento seguro:

—Reza, reza tú conmigo; la Virgen nos la salvará; espera tus oraciones.

Pedro se estremeció; dirigió una mirada al cuadro de la santa imagen, y sin comprender por qué, la esperanza renació en su corazón; las lágrimas que se habían secado en sus ojos volvieron á ellos, y cayendo de rodillas, exclamó con fervor:

—¡Madre mía! perdón, perdón; yo creo en tí, yo te amo; resucita á mi hija.

Pasaba el tiempo sin que el médico llegara, y Clementina rezaba, rezaba sin cesar.

Pedro volvió á acercarse á su hija lleno de esperanza; pero la niña permanecía rígida y helada, y el sello de la muerte estaba impreso en su infantil semblante.

Hay veces que los grandes dolores, las penas más amargas, hacen volver el corazón á Dios.

—¡Muerta! ¡Muerta! murmuró con profundo dolor;—luego se arrodilló diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! yo te reconozco; me has castigado; yo adoro tus soberanos decretos; pero ya que te has llevado á mi hija, ten piedad del alma de su padre; y prorumpió en amargo llanto.

Un momento después Clementina se acercó á la niña, gritando con indescriptible alegría:

—No, no; nuestra hija ya no está muerta; la Virgen nos la concede porque le has rogado; mírala, ven.

Y le condujo junto á la pequeña Hortensia, donde sus labios exhalaban un grito de sorpresa.

La niña tenía los ojos abiertos, y sonreía; al acercarse su padre, entreabrió los labios, murmurando con dulce vozecita:

—Papá, dame agua.

—¡Hija! ¡Hija de mi alma!—gritó su madre loca de alegría, á tiempo que Pedro elevaba los ojos al cielo, exclamando con todo su corazón:

—La Virgen nos la ha salvado. ¡Bendita sea!

En este momento entró el médico, se acercó á la niña, y tocando su frente y sus manecitas, exclamó:

—¡Estais locos! Esta niña está casi buena: decís que se muere cuando mejora rápidamente;—y pintándose en sus labios una barlona sonrisa, salió de la habitación.

—¡Dios mío!—murmuró Pedro anonadado;—he sido muy culpable; ¡perdon! ¡perdon!—y cayó de rodillas dirigiendo á la Virgen una mirada de indecible gratitud, mientras Clementina, llorando de alegría, besaba á su hija con delirio.

Quince días después, los dos esposos, llevando á Hortensia de la mano, se dirigían á la iglesia, y Pedro rezó durante toda la misa con extraordinario fervor.

Desde entonces, aunque la pobreza visitó con frecuen-

cia la casita de Clementina, nunca volvía á aparecer en frente la nube de tristeza que un tiempo la empañó; que al ir á la iglesia acompañada de su esposo, una sonrisa de felicidad se dibujaba en sus labios, y la más pura alegría debía llenar su alma, porque no bastaron á turbarla el trabajo y la escasez.

AURORA MARÍA PEREZ ABELA.

Junio 18 de 1876.

## A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO POETA CORUÑÉS

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

En la orilla del mar extenso y bello  
Que en ronco son majestuoso zumba,  
Alumbra el sol con pálido destello.  
De un amante cantor la oscura tumba.

Recinto que á llorar solo convida,  
Guardando en sí el arcano funerario,  
Y envolviendo las dichas de la vida  
Como envuelve á los muertos el sudario.

Tristes sus muros los placeres vedan;  
Allí se estrella el mundanal ruído,  
Y sólo van á orar los que se quedan,  
Llorando por los seres que han perdido.

Allí reposa la materia inerte,  
Nivelando del hombre la fortuna,  
Porque igual es el sueño de la muerte,  
Como igual es el llanto de la cuna.

Y al través de las sombras indecisas  
Que proyecta la noche solitaria,  
Tan sólo cruzan las ligeras brisas  
Que besan la sencilla pasionaria.

Duermes tú ahí, cantor del sentimiento;  
Tú, que al lanzar un lánguido gemido  
Hacias remontar el pensamiento  
Hasta un mundo ideal desconocido.

Tú, que al mostrar de la virtud la palma,  
El corazón de santo amor henchías,  
Convirtiendo las lágrimas del alma  
En ricas perlas que al Señor volvías.

Tú, cuya lira pura y armoniosa  
Encerraba dulcísimo consuelo;  
Tú, que al cantar la caridad hermosa  
Hablabas el lenguaje de los cielos.

Tú, que en el corazón como un tesoro  
Guardabas de la fé raudal inmenso,  
Enviando hacia Dios tan puro el lloro  
Cual sube á Él la nube del incienso.

Tú, en la tierra, cansado peregrino,  
Al ver en la existencia penas tantas,  
Anhelabas llegar presto al destino  
Que te marcaban tus creencias santas.

Hoy duermes ya; mas sueño tan profundo  
No borra, no, el recuerdo de tu ingenio.  
No sientas el dejar tan breve el mundo,  
Que es el mundo muy ingrato para el génio.

La tumba reverdece los laureles  
Del justo triunfo que el talento abona,  
Y ellos dan en los fúnebres vergeles  
Las frescas hojas de inmortal corona.

En tanto yo, de tu sepulcro lejos,  
Afanosa te envío mi memoria,  
Que hasta mí llegan claros los reflejos  
Del sol brillante que alumbró su gloria.

Y si tu nombre una oración me inspira  
Que vaya hasta tu losa cineraria,  
Dame en cambio una nota de tu lira,  
Y así será más bella mi plegaria.

EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

Madrid 1874.

## NUBES DE VERANO.

De una tarde estival el bello cielo  
Parda nube de súbito oscurece,  
Y apenas extendido el pardo velo  
Súbito desaparece.

Las negras tempestades que en nuestra alma  
El amor estallar hace tirano  
Para volver de súbito á la calma  
Son nubes de verano.

EDUARDO ARAUJO.

Salamanca.

A....

—Niña preciosa de labios rojos  
Cuyos encantos tal vez desdoras;  
Con tus rasgados y negros ojos,

Dí, ¿por qué lloras?

—Lloro desdenes de un falso amante,  
Cuya perfidia de mí se aleja,  
Y al ausentarse de mí inconstante  
Herido el pecho de amor me deja.

—Quiéres, hermosa, de tus antojos  
Verle randido? Su fé maltrata;  
Rinde su enojo con tus enojos,

Sé tu la ingrata.

—Á mis amores jamás dió abrigo,  
Feliz y alegre me ha abandonado,  
Tranquila el alma lleva consigo.

—Niña, y la tuya?

—Me la ha robado.

M. L.

Rivadesella, Agosto de 1877.

## APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

EUGENIO SELLÉS.

Hoy que el nombre de este escritor se repite de boca en boca, admirando su última producción dramática y comentando favorablemente para él lo ocurrido en el Teatre Español, creo me agradecerán mis lectores estos datos biográficos.

Eugenio Sellés nació en la morisca Granada el año 1844. En ella pasó sus infantiles años, viniendo en su adolescencia á la corte, en cuya Universidad siguió la carrera de leyes y se hizo abogado.

Ejerció esta profesión en la Audiencia de Burgos, y fué nombrado promotor fiscal de un juzgado, cuyo cargo desempeñó algún tiempo.

Su génio y su actividad eran incompatibles con la tranquilidad de la vida forense y de la administración de justicia, y bien pronto renunció á ellas para lanzarse al abigarrado campo de la política y del periodismo, afiliándose al partido radical.

Dicen que al génio le basta un solo mérito para darse á conocer, y por esto sin duda alguna, Eugenio Sellés al instante se hizo lado entre los hombres más importantes de su partido, siendo nombrado muy joven aún gobernador civil de provincia, cuya autoridad ha ejercido en varias, siempre que el partido democrático ha regido en nuestra noble y magnánima España. Fué director de *La Revolución*, periódico diario político radical, y primer articulista de *La Iberia*, cuando esta defendía los mismos principios políticos que el Sr. Sellés sustenta; de *El Universal*, de *La República Democrática*, de *El Pueblo*, de *La Tribuna* y de *La Prensa*, y colaborador de casi todas las publicaciones periódicas políticas de su partido.

Las divisiones que en el seno del partido radical batallan le han alejado al Sr. Sellés de la vida periodística activa, para consagrarse por entero á los trabajos literarios y dramáticos.

Á la edad de diez y ocho años, el Sr. Sellés había ya escrito muchos versos, eran los primeros destellos de una clara y fecunda imaginación, de donde más tarde habían de brotar bellas concepciones y versos magistralmente escritos.

Comenzó su reputación literaria, puede decirse así, con el libro crítico-histórico *La política de capa y espada*, que fué perfectamente recibido por el público, por la crítica y por los artículos científicos.

Del libro pasó al palenque más ruidoso del teatro, y dió al Español, ya en los últimos días de la temporada de 1877, el drama *La Torre de Talavera*, y lo cual me parece ocioso decir á los lectores el éxito que obtuvo.

Alentado por él el Sr. Sellés, reverdecieron sus antiguas inclinaciones poéticas y escribió su segunda obra dramática, *Maldades que son justicias*.





4. Vestido con cuerpo de aldeta. (Véase el núm. 10.)

5. Vestido para jovencita.

6. Vestido con paletot. (Véase el núm. 13.)

7. Vestido princesa para niña.

8. Cubre-polve.

9. Vestido con túnica. (Véase el núm. 2.)

10. Espalda núm. 4.

11. Vestido para luto.

12. Vestido con abrigo.

13. Espalda del paletot núm. 6.

14. Vestido para jovencita.

15. Vestido con paletot (Véase el núm. 3.)

# Ayuntamiento de Madrid



Libro magnífico, cuyo resultado y accidentes en el teatro de la calle del Príncipe son bien conocidos del público en general, por recientes y por ruidosos.

La prensa periódica y el público han hecho justicia al autor, y un actor cuyo nombre omito, queriendo vindicarse, ante la opinión, ha dado á luz una hoja irónicamente escrita, y algún tanto inmodesta, que le ha desconcertado.

*Maldades que son justicias* es una obra bien acabada, á la que nada puede pedir el crítico más exigente, y de la cual esperaban todos por lo mismo un éxito brillante para el teatro, si causas que todos conocen y yo deploro, como amante del arte y admirador del verdadero mérito, no de ese otro ficticio, que se adquiere regalando las localidades del teatro á los amigos, exigiendo á uno que arroje coronas que no ha llevado, y haciendo que la prensa defienda malas causas al aplaudir esas malditas elucubraciones que diariamente vemos en escena; pero, consuélese el Sr. Sellés, si no ha saboreado su gloria en el proscenio del Teatro Español, la está cosechando con creces en la prensa, en el hogar, en las tertulias, y en todas partes, en fin. Esto no desmayará á escribir, antes, por el contrario, á el Sr. Sellés, que volverá á dar mayores pruebas, si cabe ya, que ha dado de su fecundidad y de su ingenio.

MANUEL LOPEZ CALVO.

## EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

### CAPÍTULO VI.

LA PRIMERA REVELACION.

Si existe un amor puro y sin mezcla de pasiones ruines, es aquel que se oculta en el fondo del corazón, ignorado por el mismo que lo siente.  
(La Rochefoucauld.)

¡Todo no es placer en el mundo, Luisa mía!

Siguiendo el ejemplo del esteroscopio que antes te he puesto, los paisajes cambian con una rapidez inaudita, y á un valle ameno iluminado por los rayos de la luna, sucede instantáneamente un mar encrespado, cuyo furioso oleaje se levanta hasta las nubes.

Hacia tiempo que se hablaba en casa del banquero de un proyectado viaje á Santander, en donde poseía una deliciosa casa de campo, y como todo llega en este mundo, llegó el día prefijado para la marcha.

Desde que Cláudio lo supo, perdió totalmente su alegría, sin que él mismo acertase á comprender por qué sentía un dolor sordo en el corazón y una perturbación en la mente, que no le permitía fijarse en nada.

En la mañana de aquel día, se dirigió triste y cabizbajo al escritorio; pero no bien se hubo puesto á trabajar, fueron á buscarle de parte del banquero.

Hallóle en su despacho, ocupado en ordenar varios papeles.

—Ayúdeme V., le dijo el señor de Mendoza. Hoy como usted con nosotros; enviaré un recado á su familia para que no le aguarde.

Poco después, Cláudio se sentaba á la mesa entre Genoveva y la señora.

Sus manos temblaban, y un sudor frío corría por su frente.

Genoveva, triste y meditabunda, parecía participar de sus mismas emociones.

En cambio, Eugenio que acompañaba á su futura esposa, estaba más alegre y más decididor que nunca, proyectando poéticas excursiones en el delicioso país que bañan las ondas del Océano.

Terminada la comida, todos se levantaron de la mesa y se dirigieron al jardín.

Habían asistido á este último banquete de despedida, algunas jóvenes amigas de Genoveva, y más alegres y más coquetas que ésta, empezaron á trisear por todas partes, llamando incesantemente á Eugenio, ya para que cogiera una flor, ya para que las sacase una espina que fingían habérselas clavado en el dedo al arrancar una rosa de su tallo.

Era Eugenio muy apuesto y muy galán, reuniendo además el mérito de estar prometido á otra, para que todas no ansiasen rendirle y cautivarle.

Genoveva presenciaba en silencio sus manejos: tenía demasiada dignidad para luchar á su vez con las armas de la coquetería, y se creía con demasiados derechos para rebajarse á disputar un corazón que debía ser completamente suyo.

Por desgracia, Eugenio, con la lijereza propia de su carácter, se prestaba á aquella peligrosa escaramuza que halagaba su amor propio.

De pronto las traviesas jovencillas determinaron jugar á los aros, y pretestando que la sombría arboleda que las servía de paseo era demasiado angosta, fueron á instalarse en el centro de un bosquecillo de sauces y malvas reales.

No contentas con esto, dos de las más atrevidas vinieron á buscar á Eugenio, que continuaba su paseo al lado de Cláudio y Genoveva, y le obligaron entre risas y chanzas á seguirlos.

Genoveva quedó sola, y una lágrima de dolor, más bien que de despecho, brilló en sus ojos.

Cláudio sintió clavarse de rechazo en su corazón la saeta que acababa de herirla; pero no halló palabras para mitigar su pesadumbre.

Prosiguieron en silencio su paseo.

La tarde estaba deliciosa: aunque no había llegado todavía la hora del crepúsculo, el sol velado por nacaradas y blancas nubecillas, solo derramaba en torno pálidos reflejos; la brisa, cargada de perfumes sacudía aquí y allá sus blandas alas, provocando y recogiendo los ecos escondidos entre las hojas y las aguas, y los pajarillos empezaban á preludiar en voz baja el himno de la noche.

Las delicias de aquella poética tarde, fueron sumergiendo el alma contristada de Cláudio en un piélago de melancólica dulzura, y cambiaron el curso de sus ideas y sensaciones. Sin darse cuenta de lo que sentía, recogióse dentro de sí mismo para oír resonar en su propio corazón aquel himno de amor que exhalaba el universo, y saborear en silencio los estremecimientos de júbilo que le hacía experimentar el roce del vestido de Genoveva al pasar junto á la hojarasca, y el leve rumor de sus pies que hollaban apenas la musgosa alfombra del sendero.

Aunque sus miradas estaban constantemente fijas en el suelo, veía con los ojos del espíritu el fulgor de las miradas de Genoveva; aunque caminaba á una respetuosa distancia de ella, sentía, acaso con la imaginación, su hálito embalsamado. Y la melancolía se fué convirtiendo en éxtasis sublime, y aquella seráfica dulzura arrancó de su pecho, sin él saberlo siquiera, un profundísimo suspiro.

Aquel suspiro sacó de su abstracción á Genoveva, que recordó sus deberes sociales, y entabló con el joven, tan desatendido como ella, una conversación indiferente.

Hablóle de mil cosas, le hizo mil preguntas afectuosas acerca de su familia, y por último se ocupó de los progresos que hacía Nicolás en la pintura y de la extraña enfermedad que paralizaba sus esfuerzos.

—Pero, es posible que no haya un remedio para su mal, exclamó Genoveva con tono compasivo.

—¡Oh, sí señora, dijo Cláudio, los baños de mar le salvarían.

Genoveva se detuvo, y cogiéndole ambas manos murmuró con dulce reproche:

—¡Ah, no es V. mi amigo, Cláudio, no es V. mi hermano! Como hermano y como amigo yo le consideraba; pero no: donde falta la franqueza, donde falta la expansión, falta también el cariño. ¡Por qué no me lo ha dicho usted antes! ¿No sabía V. que íbamos á Santander? ¿No sabía V. que no había cosa más fácil que llevarlo con nosotros y proporcionarle alivio en su dolencia? Es V. un ingrato, Cláudio, no me aprecia V. como yo le aprecio.

La reconvencción de Genoveva era tan dulce y su voz tan persuasiva, que las lágrimas asomaron á los ojos de Cláudio.

—No hay nada perdido, repuso la joven; Teresa no ha podido venir con nosotros porque está enferma su madre. Así que se restablezca irá á Santander. Confiela V. á su hermano. Aunque joven, Teresa es prudente y cariñosa.

Cláudio aturrido balbuceó una excusa.

—¡Oh! no, dijo Genoveva, es preciso que repare V. el ultraje que nos ha hecho, accediendo á mi deseo, conformándose con mi orden.

Luego prosiguió sonriendo tristemente.

—No es un beneficio el que yo pretendo dispensarle á usted, sino un beneficio el que anhelo que V. me otorgue. ¿Qué haré en Santander lejos de mis pobres? ¿Cuál será allí el móvil de mi vida? ¿Es tan triste vivir solos, sin ocuparse de nadie, sin que nadie se ocupe de nuestra dicha!

—¿Qué dice V.? exclamó Cláudio lleno de asombro. ¿No tiene V. á un padre que la adora? ¿No vá V. á unirse dentro de dos meses con el elegido de su alma?

Genoveva, afectada con el abandono de Eugenio, se hallaba en uno de aquellos momentos en que el dolor del corazón rebosa sin querer á los labios.

—¿A cualquiera de mis amigos de sociedad, respondió con amargura, procuraría ocultarles mis pesares, porque sé que mis confesiones solo darían por resultado ponerme en ridículo á mí y á los seres que me rodean; pero á V. es otra cosa. Sé que es V. bueno y sencillo, y como he dicho antes, lo miro como á un hermano. Mi padre, Cláudio, satisface todos mis caprichos; pero no me dá cariño,

quizás porque no se atreve á darme; Eugenio se casa conmigo casi por razón de estado.

Desde el momento en que le conocí, me pareció el hombre más digno de ser amado, y me lo parece aún más en el día, en que he podido apreciar las bellas cualidades de su alma. La que se llame esposa suya será atendida, respetada, no la faltará jamás ni la consideración social ni la consideración de su marido. Pero ¿es esto todo? ¿Qué soy yo en su vida? ¿qué falta hace á su felicidad, mi cariño? Si yo no le amase, habría cien corazones que le rindieran vasallaje! ¡Oh, no es esto lo que yo había soñado! Yo siento una viva necesidad de proteger, de consolar, de ser útil y necesaria hasta cierto punto al ser querido. Yo no amo por vanidad, Cláudio, y no ambiciono el aplauso del mundo; yo no amo por egoísmo, y me entristece la idea de recibir y no poder dar nada en cambio de lo que recibo! Yo no sé si habrá exageración en estas ideas; pero lo que sé es que mi alma, no mi fantasía, no está satisfecha, y que ese amor deja un profundo vacío en mi corazón.

Por esto á veces le habrá á V. parecido que estoy preocupada, triste: es que siento una cosa en el alma de la cual no acierto á darme cuenta!

Genoveva calló, y Cláudio embargado por una desconocida emoción, no intentó romper el silencio.

—¡Ha amado V. alguna vez? preguntó de repente la joven.

—¡Oh, no! balbuceó Cláudio ruborizándose.

—Entonces no puede V. comprender lo que siento, no puede V. comprender la lucha de mi alma. Basta; yo procuraré encadenar mi fantasía; procuraré no dejarme arrastrar por la sensibilidad de mi corazón...

Mire V., hace más de un cuarto de hora que se ha ido... ¡Desde aquí se oyen sus alegres carcajadas!... ¡Me ha olvidado!... ¡Estaba conmigo y estaba atendiendo á la conversación y á los juegos de mis amigas!... ¿Por qué negarlo? Me hace sufrir su desvío... Pero ¿son celos los que tengo?... No, porque sé que me ama y que me conducirá gustoso al ara de himeneo... obra así por irreflexión, y además porque le hostigan, porque le asedian, pero yo sin pensar en ello y obedeciendo á mi altivo instinto, alargo las riendas al noble alazán para que se lance á la carrera... ¿Podrá detenerse cuando quiera intentarlo?... Genoveva calló de nuevo, y de nuevo renació el silencio...

De pronto la joven se inclinó ante un magnífico rosal, cogió el capullo más bello y se lo ofreció á Cláudio, murmurando con tristeza:

—¡Ah, V. tampoco tiene quien le regale flores!

Detúvose al pronunciar estas palabras y se cubrieron de púrpura sus mejillas.

—Perdone V., añadió con viveza, es tan egoísta el dolor que quiere que todos le compartan!

—¡Oh, no se arrepienta V. de lo que ha dicho, exclamó Cláudio con vehemencia, porque esa era la verdad! Soy pobre, oscuro, estoy desprovisto de ventajas físicas y todos me abandonan. Pero ¿qué importa? ¿Qué me importa si he merecido su amistad de V.? ¡Si V. desde su altura no se desleña de echar sobre mí una mirada compasiva? Gracias, Genoveva, gracias; desde este instante, esta flor será mi único tesoro, el talismán que me consuele en las amarguras de la vida!

Al hablar así, el fuego del corazón subió á encender las pálidas mejillas de Cláudio.

Genoveva le miró sorprendida: le pareció otro hombre, le pareció hasta hermoso, porque no hay hermosura que iguale á la que comunica al rostro el sentimiento.

Pero el tímido joven se avergonzó de su arrebató. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos para ocultar la llama de entusiasmo que arrojaban sus pupilas.

—¡Oh, murmuró en voz baja; he crecido solo, he vivido solo. Hasta ahora nada preocupaba mi pensamiento más que la necesidad de hacer frente á las necesidades de mi familia. ¡Porque yo he sido el jefe de mi familia desde la edad de diez y ocho años! Decir á V. cómo he podido sostenerla fuera muy prolijo. He hecho un poco de todo, menos comer bajezas, porque me enseñó mi padre que el honor importa más que la vida. ¡Qué de días pasados en medio del desaliento y la tristeza; qué de noches entregadas al insomnio y al desconsuelo!

¡Hay páginas muy negras en mi vida!

Y mis días bonancibles, ¡ay! mis días bonancibles eran aquellos que veía trascurrir amarrado al duro yunque de un trabajo material, ya detrás del mostrador de una tienda, ya entre el escaparate de cristales de un memorialista!

Porque todo esto he sido, y todo esto lo proclamo con orgullo, supuesto que por la noche llevaba pan, aunque negro, á mi familia. ¡Qué de amargas lágrimas que nadie enjugaba! ¡Qué de dolorosos suspiros tenía que encerrar dentro de mi pecho. ¡Me preguntaba V. hace poco si he amado? ¡Cómo, señora! Yo que pasaba las noches luchando contra la fiebre; yo que me levantaba por las maña-

nas débil y aniquiladas, ¿cómo podía ser bueno y compasivo por las penas? ¡Cuánto amante y sensible! ¿Qué guras de mi vida?

¡Los condenados al cielo!

Pero no es por eso porque no haya sido una idea de esa comedia gozar anticipadamente los ángeles!

En las tétricas calientes mis ateridos alumbrares, y al y de la lluvia que yo dejaba volar se embriagaba con ba así, yo no era hermoso y rico, de mis sueños en complacerme en brillante, porque recibir y no dar.

Y los momentos únicos momentos luego un gemido me llamaban de r

¡Tengo treinta años las hebras de plata gracias á Dios, se que con mucha es las apariencias; le casa de V., á mi á V. esas palabras olvidar todas mis

Cláudio Calló, cion, no acertó á

Aunque profesé ciale en aquel ina á sus ojos el sagra hacían aquellas s

tono de la verdad

Pasaban por n

lajes de verdura

pa. Las aves mod

entre las ramas;

de haber dado as

de sus posteros bal

aparecía en el oc

despedida en vuel

por entre la hoja

estos brillaban s

dados topacios.

La senda conc

un mirador rúst

Genoveva enla

Cláudio, y era y

se estremecían e

Entonces no s

Llegaron al m

Desde allí se d

Las jovencilla

aros, y estaban

campeaba en el

genio se divert

y en mojar de

una bandada d

plata, que desp

los aires, caían

Los ojos de G

Cláudio exha

vidia.

¡Ah! murmur

ha creado alma

can y no se enc

tarde!

¿Qué quería d

creta idea? Clá

sintió que un s

desde aquel ins

Eugenio los

dejando reposa

del estanque y

fas, corrió á b

minutos se hal

Llevaba una

Los ojos de C

sando una sola

bian comprend

—Por fin les



nas débil y aniquilado; yo, infeliz, sin porvenir, sin esperanzas, ¡cómo quería V. que fuese á ofrecer á un sér bueno y compasivo mi decrepita juventud marchitada por las penas! ¡Cómo había de atraer hácia mí á un alma amante y sensible, para darla participacion en las amarguras de mi vida! ¡No, no he amado, no!..

¡Los condenados no tienen derecho para mirar al cielo!

Pero no es porque no haya soñado con el amor; no es porque no haya sentido estremecerse todo mi sér á la sola idea de esa comunión de las almas que se juntan para gozar anticipadamente en el suelo de las delicias de los ángeles!

En las téntricas noches de invierno, sin fuego con que calentar mis ateridos miembros, á veces sin luz con que alumbrarme, y al compás de las canciones de mi abuela y de la lluvia que golpeaba los cristales de mi ventana, yo dejaba volar el alma á merced de su albedrío, y ella se embriagaba con deliciosos sueños! Pero cuando soñaba así, yo no era pobre, feo y desdichado como ahora; era hermoso y rico, y colocaba, por el contrario, al ángel de mis sueños en ese estado de luchas y privaciones para complacerme en arrancarla de él y labrarla un porvenir brillante, porque á mí también me entristece la idea de recibir y no dar nada en cambio de lo que recibo.

Y los momentos en que soñaba de este modo eran mis únicos momentos de felicidad en el suelo; pero luego ¡ay! luego un gemido de mi hermano, un suspiro de mi madre, me llamaban de nuevo á la realidad triste y desolada! ¡Tengo treinta años! Mire V. las arrugas de mi frente, las hebras de plata que matizan mi cabello! Pero doy gracias á Dios, señora, doy gracias á Dios, porque aunque con mucha estrechez, he podido guardar hasta ahora las apariencias; le doy gracias porque me ha traído á su casa de V., á mi puerto de salvación, y le ha inspirado á V. esas palabras de dulce benevolencia que me hacen olvidar todas mis pasadas amarguras.

Cláudio Calló, y Genoveva, embargada por la emoción, no acertó á responderle.

Aunque profesaba al jóven un profundo aprecio, parecía en aquel instante otro hombre; tanto le embellecía á sus ojos el sagrado fuego del alma; tan interesante le hacían aquellas sencillas confesiones, realizadas con el tono de la verdad y la elocuencia del sentimiento.

Pasaban por una senda estrecha, cubierta con los follajes de verdura de los árboles que entrelazaban su copa. Las aves modulaban sus últimos gorgoros escondidas entre las ramas; las flores, al cerrar su broche, después de haber dado asilo al insecto de alas de oro, exhalaban sus postreros balsámicos perfumes; el sol, que ya desaparecía en el ocaso, mandaba á la tierra su adiós de despedida envuelto en un rayo luminoso, que al penetrar por entre las hojarasca, se dividía en muchos rayos, y estos brillaban sobre el musgo como otros tantos espléndidos topacios.

La senda concluía con una subida rápida que guiaba á un mirador rústico.

Genoveva enlazó con ingenua confianza su brazo al de Cláudio, y era ya tarde cuando pudo advertir que ambos se estremecían con una emoción desconocida.

Entonces no se atrevió á soltarle.

Llegaron al mirador.

Desde allí se dominaba todo el jardín.

Las jovencillas y Eugenio habían dejado en reposo á los aros, y estaban agrupados en torno de la fuente, que campeaba en el centro de aquel pensil delicioso, y Eugenio se divertía en hacer maniobrar los juegos de agua y en mojar de improviso á las incautas niñas, que como una bandada de palomas huían al divisar las hebras de plata, que después de formar una vistosa pirámide en los aires, caían como una menuda lluvia sobre la arena.

Los ojos de Genoveva se inundaron de lágrimas.

Cláudio exhaló un suspiro de pesar, quizás de envidia.

¡Ah! murmuró la jóven mirándole con tristeza. ¡Dios ha creado almas hermanas! Pero ¡ay de ellas si se buscan y no se encuentran! ¡Ay de ellas si se encuentran tarde!

¡Qué quería decir Genoveva con esto? ¡Cuál era su secreta idea? Cláudio no se entretuvo en descifrarla: sólo sintió que un suave calor descendía á su corazón, y que desde aquel instante renacía á nueva vida.

Eugenio los vió desde abajo, comprendió su falta, y dejando reposar tranquilamente las aguas en el fondo del estanque y abandonando á su pequeña corte de ninfas, corrió á buscar la senda cubierta, y en ménos de minutos se halló en el mirador.

Llevaba una porción de flores en el ojal de su levita.

Los ojos de Cláudio y Genoveva se encontraron expresando una sola idea, un solo sentimiento. Ambos se habían comprendido.

—Por fin les he hallado á ustedes, señores prófugos,

exclamó Eugenio con cariñoso reproche, como si quisiera hacerse perdonar su momentáneo olvido.

—¡Ah! dijo Genoveva entre triste y risueña; ¡el prófugo ha sido V.!

—¡Es cierto! repuso vivamente Eugenio; y, en verdad, que yo no sé cómo ha sucedido esto. Yo no me siento dicho-o más que á su lado de V., Genoveva; pero tengo el génio vivo y á veces me distraigo en demasía.

El tono de Eugenio al pronunciar estas palabras era sentido, y sus miradas despedían el brillo que sabe comunicarlas la emoción verdadera.

Genoveva le tendió la mano, y la paz quedó hecha; pero cuando trataron de bajar del mirador, Eugenio la ofreció el brazo, y la jóven le rechazó con dulzura, diciéndole:

—¡No está bien que abandone ahora al que me ha permanecido fiel en medio de mi soledad y desamparo!

Y enlazó su brazo al de Cláudio.

—¡Sea! murmuró Eugenio; conozco que he hecho mal y que merezco cualquier castigo que se me imponga.

Y los siguió en silencio.

Pero cuando dejaron atrás la sombría alameda y llegaron al sitio en donde se hallaban las jóvenes, ya no se separó ni un solo instante del lado de Genoveva.

Llegó el momento de despedida.

Mendoza abrazó cordialmente á Cláudio, y le dió sus últimas instrucciones.

Genoveva manifestó á su padre la oferta que había hecho en su nombre al jóven, de tener consigo á Nicolás mientras durase su estancia en Santander.

Cláudio no pudo tener queja del modo como el banquero reiteró los ofrecimientos de su hija, ni de las afectuosas protestas de Eugenio, ni sobre todo, del tono con que le dijo Genoveva estrechándole la mano:

—Adios, Cláudio. Cuida V. de su salud, procure V. reponerse de los sufrimientos pasados, y si le puede servir de algún consuelo saber que hay quien ruega á Dios por su bien, no olvide V. que yo me intereso por su felicidad y se la pediré todos los días.

Cláudio creyó morir, agobiado bajo el peso de tanta desdicha.

¡Ah, si no fuera por estos momentos de ventura, que son un siglo para el corazón que sabe saborearla, la vida sería una cosa muy triste y descolorida!

Los primeros días que se siguieron á este, Cláudio estuvo preocupado; pero la expresión de su fisonomía era dulce y apacible. Había un corazón que le amaba fuera del círculo de su familia: ¡podía desear más él pobre y sin atractivos?

La maliciosa Virginia había observado que todas las mañanas cuando salía depositaba un beso respetuoso sobre una cajita de palo de rosa que había pertenecido á su padre, y que repetía la misma operación antes de acostarse.

Un día, con su curiosidad de mujer, quiso ver lo que contenía la misteriosa cajita y se escondió tras las vidrieras de la alcoba para conseguirlo.

La caja contenía una rosa amarilla y deshojada.

Pasóse cerca de un mes.

Las megillas de Cláudio habían adquirido un ligero carmin, y Lorenza decía con orgullo á sus otros hijos:

—¡Pero no veis! ¡No veis qué guapo es ahora vuestro hermano! ¡Ah! bien lo sabía yo que parte de su fealdad consistía en sus penas.

A pesar de todo, Cláudio no se había atrevido á aprovecharse del ofrecimiento de Genoveva con respecto á su hermano. Su timidez era uno de sus defectos, el otro su orgullo.

(Se continuará.)

## LOS PÓLIPOS.

Háse hablado mucho en los últimos años de esos terribles habitantes del fondo del mar, los pólipos, llamados también octópedos.

La imaginación de los marinos daba á muchos de estos monstruos una corpulencia enorme.

Las descripciones de los marinos que han hablado de estos pólipos parecen designar al animal colocado por los zoólogos en la clase de los cefalópodos, cuyos brazos tienen á veces un metro 88 centímetros, y son objeto de espanto para los insulares del Sud.

Los datos más curiosos acerca de la existencia de los pólipos gigantes se deben á un capitán francés del aviso *El Aleccion*. En Noviembre de 1861, este marino encontró en la vecindad de Tenerife uno de estos pólipos nadando en la superficie del mar; el cuerpo del animal tenía de cinco á seis metros de longitud, sin contar sus enormes y terribles brazos, armados de chupadores. Después de una caza de tres horas, sólo se consiguió arrancar fragmentos de la natatoria colocada en la parte inferior de su cuerpo.

Steenstrup demostró después, con argumentos con-

vincentes, que los monstruos aparecidos en 1639 y 1790 en las costas de Irlanda, pertenecían á esta especie, midiendo uno de estos tres brazos y media de longitud y tres brazas para sus tentáculos.

En 1853 el mismo sabio recibió fragmentos de un pólipo cogido en las costas de Jutland: su cabeza era como la de un niño y tenía dos metros de longitud.

En los museos de Utrech y Amsterdam existen, según Harting, fragmentos de pólipos gigantes.

Recientemente se han confirmado las afirmaciones de Steenstrup con la captura de un animal de la referida especie, que ha sido arrojado por una violenta tempestad el 22 de Setiembre de este año sobre las costas de Terranova.

Cuando el monstruo fué visto, vivía aún: más apenas estuvo completamente fuera del agua, sucumbió inmediatamente, quedándose su cuerpo enteramente blanco.

Tenía tres metros de longitud y dos de circunferencia. Para trasportarlo con más facilidad, tuvieron la mala idea de cortarle los brazos ó tentáculos, en número de 10, armados de unos 2.000 chupadores de una pulgada de diámetro.

Dos de estos tentáculos tenían nueve metros y 38 centímetros de longitud por 19 centímetros de diámetro en la parte más gruesa de los mismos; los ocho restantes tenían tres metros y 30 centímetros de longitud.

Cuando le cogieron, los ojos del animal tenían una expresión salvaje y median 19 centímetros por término medio. Desgraciadamente, al embarcarse se desgarraron por completo. La natatoria que termina su cuerpo á manera de cola, tenía un metro de longitud.

Más soluciones á la charada *Cipote* que apareció en el número 15 de EL CORREO correspondiente al 18 de Abril, por las Señoritas Doña Dolores Jordá, de Tarragona; Doña Mariana de Rada, de Quintanar; Doña Amalia Sanchez, de Vigo, y Doña Elvira Perez Bueno, de Bayona (Francia.)

Soluciones á la charada que apareció en el número 17 de EL CORREO correspondiente al 2 de Mayo, por las Señoritas Doña Tomasa Barrio de Neta, de Cervera de Rio Pisuerga; Doña Antonia de Olanendi, de Teruel; Doña Jacinta Vires, de Tortosa; Doña Blanca Jimenez, de la Coruña; Doña Petronila Santos, de Ocaña; Doña Jesusa Samper, de Zaragoza; Doña Felisa Amores Oca, de Madrid, y Doña Adela Fernandez, también de Madrid.

CARAVANA.

## CHARADA.

Prima y quinta es apellido

Y además cierto artefacto

De sencilla construcción

Y á una industria destinado.

La segunda es consonante

Que con la prima á su lado

En muchos pueblos de sierra

Es de un todo necesario.

Tercia y cuarta es una fruta

Y, según el Diccionario,

Cierto conjunto de simples

Agradables al olfato.

Quarta y quinta es una planta

De un uso muy señalado

En nuestra farmacopea,

Como dice un boticario.

Tercia y segunda también

Es un útil muy preciado,

En Galicia sobre todo,

Más de hierro que de barro.

Quinta y cuarta es población

De origen ya comprobado

Que ha sido y aun quiere ser

Señora de otros Estados.

La prima con quinta y cuarta

Es flor de un aroma grato,

Y la cuarta con segunda

Se aplica en distintos casos;

Así como dos y cuarta

Tiene otros significados;

Dando fin á estos enlaces,

Que ya son algo pesados,

Diciendo que el todo ha sido,

Allá en tiempos muy lejanos,

De una parte de las Galias

Rey absoluto y tirano.

JERÓNIMO S. COUDER.



## CORRESPONDENCIA.

M. B. de M.—Zaragoza.—Quizás no llegue a tiempo mi respuesta por la anticipación con que se hacen los números de EL CORREO. Puede V. adornar su traje con bieses de faya y fleco, siendo la hechura más admitida el vestido princesa, figurada la túnica por medio del adorno y con muy pocos recogidos. El color marrón ó ciruela en dos tonos puede decirse que es el que goza de mayor favor en el día. Como adornos se emplean encajes, pasamanerías, fleco, tiras de seda desfilada figurando pluma y bieses y plisés de la misma tela.

Andrea.—Los muebles dorados son preferibles cuando todos los demás adornos del salón corresponden á ellos en riqueza y elegancia.

Una provinciana encantada con su periódico.—Las manchas de grasa se

quitan con el amoníaco. Las cintas negras se sumergen también en agua



19. Sombrella china.

20. En-tous-cas.

de amoníaco, se sacan, se enjuagan con agua clara y se planchan por el revés después de haberlas humedecido con goma.

Juanita.—Una señorita no debe ostentar sortijas con diamantes.

La condesa C.—Se continúa presentando los enjuagatorios á los convidados después de la comida. Cuando se comen cangrejos, langostines ó cualquiera otro manjar que se tome con los dedos, los criados deben ofrecer una palangana con agua. Los espárragos también se comen con los dedos.

Los bordes del mar.—Cuando se entra en una habitación cualquiera ocupada por otra persona, no se debe tomar asiento sin ser invitados para ello. La plata, por sencilla que sea, siempre dará más realce á una mesa que todos esos cubiertos falsos que están en moda hoy, y en particular los dorados, que revelan demasiada pretensión.

La Primavera.—Nada puede ofrecerse á la joven que va á pronunciar sus votos, supuesto



24. Espalda del abrigo núm. 23.

que renuncia á todas las cosas mundanas; y en caso debe hacerse el presente á la comunidad.

Paula.—Se lleva mucha granadina con raya de terciopelo de diferentes anchos. Puede V. arreglar el vestido poniéndole un plastron de otro color por delante y atrás. Complételo V. con mantelita adornada de encajes y pasamanería.

Una apasionada suscritora.—Los cortinajes para comedor deben armonizar



16. Sombbrero de fieltro.



17. Sombbrero de paja.



18. Miton de encaje irlandés.



23. Cubre-polvo con esclavina. (Véase el núm. 21.)

25. Cubre-polvo con manga-do man. (Véase el núm. 26.)



27. Saco de viaje.

mos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamación en el concurso Jesús Rodríguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no sueña no coge; novela de costumbres, 4 rs. en Madrid, 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias. El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

con los muebles en color y gusto. Los niños no llevan más que vestidos princesa; el color crudo puede adornarse con azul y rosa.

Una señora económica.—Haga V. con el paletot-saco un cuerpo de aldeltas largas, abierto sobre un plastron de seda azul lisa, y disponga V. la falda en túnica-eche rpe sobre un borde de seda azul; mangas azules; si quedan retales, guarnezca V. la echarpe con volantes plisés.

Una de las virtudes de una señora es saber ceñir sus gastos á los ingresos.

La Esperanza.—Cuando el cabello se quiebra es que está muy seco, y es preciso usar el aceite ó la pomada. Una

persona muy gruesa no debe adoptar trajes muy ceñidos ni colores claros que aumenten aparentemente su volumen.



22. Sombrella duquesa.

21. Sombrella marquesa.

## Explicación del figurin 1313.

FIG. 1.ª Traje de paseo y visitas.—Falda drapada como túnica y cuerpo que figura fraso por detrás y blusa por delante, sujeta con una cintura que termina en los costados. El traje es de faya ó cachemir marrón, combinada con faya gris; cuello y puños de batista con encaje. Sombbrero de paja de Italia con el borde levantado á un lado, guarnecido con reps maíz, plumas blancas y una rosa té. Sombrella y en-tous-cas de los colores del vestido.

FIG. 2.ª Traje para visitas.—La hechura es la misma que la del vestido anterior, solo que se ve por delante. Es de lana color castaño, combinada con otra de tono más claro. Sombbrero bullonado de faya, guarnecido con cintas de tono más oscuro y diadema de oro. Cuello y puños de batista; abrigo negro.

OBRA DE LOTA ÁNGELA GRASSI que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos to-



26. Delantero del abrigo núm. 25.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª y 4.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1313, y las de 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patrones.

Editor propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.